



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

**Agora**  
DE PAPEL

**El Porvenir**  
**Cultural**

MONTERREY, N.L. DOMINGO 13 DE NOVIEMBRE DE 2016

Carlos Alejandro / Olga de León

# Significado y nostalgia de la vida

¿QUÉ SIGNIFICA ESTAR VIVO?  
CARLOS ALEJANDRO

La vida es un disolvente para colorear. Arrinconada en una esquina está lista la caja con pinturas: óleo, gouache, acrílico, crayones, acuarela, barras de pastel y lápices de colores. A su lado, un rollo de papel kraft que se extiende sobre la barra de la cocina, adherido a ella con cinta, para colocar sobre él un pliego de papel marquilla. Lista la preparación para el viaje de colores. Desde una bocina encima del piano, se escucha un concierto de Corelli. Y junto a la mesa hay algunas fotografías y un bote de Resistol. La imagen comienza a aparecer: rojos, naranjas, amarillos, verdes, azules; todos brillantes. Colores que representan cartas: al tiempo, a la sabiduría, a la paciencia y a la juventud.

La experiencia completa de vivir no puede ser expresada por un instante, ni por los recuerdos de toda una vida, ni de una sola persona. La experiencia de estar vivo solo puede ser enunciada colectivamente. El nacimiento de un hijo, la partida de un ser querido, el sabor a café y vino; la parálisis del miedo y el salto eufórico. Un fragmento de canción antigua: "La vida pasa fugaz".

La música y la actuación de teatro. La ciencia y sus planetas. La creencia en el humo detrás de la cortina. La razón y el sentimiento. El olor del mar en el puerto junto a los peces, y el olor del bosque: el canto de los pájaros y el de los motores en la ciudad. Un pedazo de terracería y otro de concreto. El descubrimiento de la agricultura y el invento de la rueda. La guerra. La historia y la poesía.

El sabor de la naranja y la toronja; las uvas de año nuevo. El olvido de las promesas no cumplidas y la esperanza puesta en nuevos proyectos. El mareo por el alcohol. La confianza en el triunfo y el temor al fracaso. La enfermedad. La alegría de la hora del recreo. El encuentro con un viejo amor. El baile de noche, la gala y el hombre en la calle pidiendo dinero. La estafa. El pequeño jinete en la fotografía y el caballo blanco. El sabor de la carne roja y el caldo preparado por la abuela.

Los regalos. La agitación de una carrera. El olor a metal del tubo del transporte público. El sueño de un día llegar a tener un automóvil. El viaje en carretera. Las vacaciones en familia. El viaje solitario. La noche adueñada de uno mismo. Las pesadillas y los sueños placenteros. Dos ojos, dos manos, dos pies. El cuerpo desnudo de una mujer. La canción favorita en la radio.

El recuerdo de los abuelos. El olor a chocolate y pan dulce. El desayuno nocturno y el desayuno en un amanecer sin dormir. El ron y el whiskey; el sabor a tabaco en la boca; la cebada pegajosa en las manos. Las ganas de orinar. El compromiso y la responsabilidad. El cansancio y el sueño reparador. El insomnio.

La tarea escolar y las caricaturas en televisión. Palomitas en una sala oscura de cine, iluminada por el proyector. La tentación de un beso. La química del cerebro, la alegría y el amor. Una adivinanza. Un desprecio. El vestido caro que se desea y un anillo de compromiso. Las botas de anguila. Una mascota

que te lame cariñosamente. El sabor a arena en la boca. La noticia de un ahogado en la presa. Domingo de pesca y el juego de fútbol entre semana. El orden y el desorden

Un consejo dado y otro recibido; el consejo que no gusta. El desvelo y la impaciencia. La presencia de un asesino incógnito. La cárcel y el castigo. Las células y los átomos. La electricidad, el agua y el oxígeno. Del perdón y del arrepentimiento por no haber dicho "te quiero" a un ser querido. De eso y mucho más, está fabricada la vida.

CUANDO OLVIDAMOS VIVIR  
OLGA DE LEÓN

La casa parecía deshabitada. Sin



embargo, el abandono no era visible por fuera, sino que se adivinaba por la ausencia de cambios de ambientes y de luces, sombras o personas que no parecían vivir dentro de ella. Los vecinos se preguntaban si la señora se habría ido a casa de algún pariente del otro lado del Bravo o simplemente se negaba a convivir como antes lo hiciera; un antes del que ya habían transcurrido alrededor de diez o más años. Eventualmente, durante todo ese tiempo, algunas de las vecinas que no se habían ido del barrio, subían la escalinata y se atrevían a tocar a la puerta cuando aún había luz natural, antes del atardecer; no querían molestarla en horas tempranas ni demasiado avanzado el día, tanto que ya empezara a anochecer. La señora Yola, como la llamaban, era la decana del vecindario y una de las más carismáticas señoras que se reunían para jugar Canasta, Paco, Lotería o ir al Club de los Cien.

Viendo frustrada la esperanza de verla, o al menos de que la ayuda doméstica les abriera la puerta para saber que se encontraba bien, las vecinas se regresaban bajando cabzibajas cada peldaño y

preocupadas por no haberla visto asomarse, ya no a la puerta o la cochera, ni siquiera por alguna de las ventanas, aquellas que permanecían con alguna rendija de luz transparentada por el pequeño resquicio de las cortinas no del todo cerradas.

Aquella casa, al poco tiempo de construida, fue totalmente equipada. Todo nuevo, todo moderno, de lo mejor, traído de los Estados Unidos, de donde ellos llegaron a vivir acá, en México. Fue una de las primeras casas con acabados de lujo, con clima integral incluso en la cocina, donde se podían encontrar cualquier clase de aparatos electrónicos, enseres domésticos, refrigerador, estufa y horno integrados a la pared.

algunos optaron por irse a la campiña, justo donde me gustaría vivir!

...me inicié en esa costumbre, caminar por los viejos barrios, después de diseñar una nueva ruta para pasear a mis pequeñas nietas, al caer la tarde, después de las siete o siete y media, tiempo que marca la separación entre el día y la noche en verano. A mí me gusta esa hora, como me gusta el otoño, la lluvia, los parques sin gente y las banquetas amplias por dónde caminar, sin riesgo de bajar a la calle, evitando así que algún auto pudiera sorprendernos a las niñas y a mí, ya que suelo ser -y, ¡disfruto serlo!- un poco distraída.

Empezaba mi recorrido bajando a la media cuadra de salir de casa y toman-

do hacia la izquierda; luego, a tres casas después de dar vuelta, veía desde la acera de enfrente la casa de Don Mariano y doña Yolanda. Casi se volvió un ritual para mí detenerme tanto de ida como de regreso, con la esperanza de divisar una mano, alguna parte del cabello, el cuello... En fin, esa era mi rutina, y mi deseo de encontrarla, para que abanicando mi brazo y mano en alto, pudiera verme saludándola, que supiera que la recordaba. Nunca la vi.

Y ella aún no sabe que ha estado por años en mi pensamiento; pero el trabajo, las tareas de la casa y la pasión por mis oficios, no me dejan tiempo para ello. ¡Pretextos!

Así se nos va la vida a algunos, pensando en hacer sin hacer más nada que ninguna cosa fuera de lo rutinario; aunque en ciertos momentos, quizá sí nos salimos de la rutina pero no logramos ganar tiempo para tanto más por hacer.

Mañana iré a esa casa, y no me retiraré hasta que me abran. Mañana, daré vida a un propósito... ¡Y viviré un trozo de vida postergado!

Oscar G. Baqueiro

## Los peatones

Los peatones son los que mueven por su propio pie. También es válido llamarles peones, como se usa en el campo para los que hacen los trabajos rudos. Por eso en el milenario juego del ajedrez, se denomina peones a las 8 piezas de menor valor social contrastando con un rey, una reina, dos caballos, dos alfiles y dos torres, dentro de un conjunto de corte urbano.

A pesar del enorme uso del automóvil en los últimos cien años, todavía la mayoría de los seres humanos nos movemos por nuestro propio pie. Sin embargo, los urbanistas en sus diseños consideran más al automóvil que al peatón. En nuestra área metropolitana el municipio de S.

Pedro, con todo y ser el mejor urbanizado de todos no ha pensado más en el peatón que en el automovilista.

Todo parece indicar que no hay reglamentos para las aceras o banquetas que son una amenaza para los videntes: niños, invidentes, minusválidos o de la "tercera edad" pues tienen todo tipo de desniveles, ausencia de tapaderas, entradas para carro, árboles que han reventado el cemento de los andadores, etc. y si los hay, muy pocos los respetan y no hay autoridad que vigile.

Los pasos elevados de puentes peatonales son un castigo para quienes tienen que usarlos, tanto que muchos no quieren subirlos y se producen frecuentes atropellamientos como consecuencia. En esto se tienen que incluir las entradas y salidas de las estaciones del transporte colectivo conocido como metro o tren subterráneo, sobre todo en las horas "pico" o en las estaciones de enlace.

Monterrey destaca, entre muchas otras cosas, en ser la ciudad de nuestra república con el mayor número de acci-

dentos viales diarios y es hasta fechas recientes que los conductores están atendiendo aquello de que "el peatón tiene la preferencia", aunque honestamente hay que reconocer que muchos peatones cuidan poco de mejorar el tránsito en la ciudad, como parte del sistema que son.

Un párrafo merece que nos refiramos a los ciclistas y motociclistas, muchos de los cuales piensan que el reglamento de tránsito es para otros y no para ellos, que representan un término medio en esta complicada realidad urbana y los carritos de tracción animal, aunque no son muchos, son parte integral de esta problemática que estamos viviendo hoy.



Sor Juana Inés de la Cruz

Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana nació en San Miguel Nepantla, aunque en 1659 su madre la llevó a la capital, donde recibió del sacerdote Martín Olivas sus primeras lecciones de latín, idioma que llegó a dominar con maestría.

De natural belleza y talento, pronto cobró fama e ingresó en la corte, como dama de honor de la virreina Leonor María Carreto, marquesa de Mancera, a quien dedicaría algunos sonetos con el nombre de Laura.

El 14 de agosto de 1667 ingresó como novicia a la orden de las Carmelitas Descalzas, de donde salió pocos meses después, debido a que no toleró el rigor de la orden.

Hacia 1668, Juana Inés ingresó como novicia al convento de San Jerónimo; profesó como religiosa en este mismo convento el 24 de febrero de 1669. Una primera enfermedad del tífus la pone en verdadero peligro hacia los años de 1671 o 1672.

Su obra abarca poesías líricas, dramáticas, alegóricas, sacras, festivas y populares, además escribía de continuo en verso y en prosa. Inscrita en el estilo barroco, su poesía es rica en complejas figuras del lenguaje, conceptos ingeniosos y referencias a la mitología grecolatina.

Consagrada al estudio, llegó a reunir cuatro mil libros, numerosos mapas e instrumentos musicales, pero sobre todo no dejó de suscitarse y crearse envidias y problemas debido a su forma de pensar, escribir y actuar.

El primer libro publicado por Sor Juana Inés de la Cruz fue "Inundación Castálida", en el que reunió una buena parte de su obra poética, fue publicada en Madrid, mucho antes que en la Nueva España.

Para 1690 Sor Juana escribió "Carta athenagórica", en donde contesta un famoso sermón del padre portugués Antonio Vieira, donde replica acerca de las finezas de Cristo; carta que le costó un fuerte regaño y duros cuestionamientos sobre su vida religiosa.

En la "Respuesta a Sor Filotea de la Cruz" (1691), Sor Juana Inés de la Cruz da cuenta de su vida y reivindica el derecho de las mujeres al aprendizaje, pues el conocimiento "no sólo les es lícito, sino muy provechoso", de acuerdo con el portal web biografiasyvidas.com.

En el convento de San Jerónimo, en donde pasó el resto de su vida, Sor Juana Inés de la Cruz realizó oficios de contadora y archivera pero, más que nada, se dedicó al estudio y a la escritura. Falleció el 17 de abril de 1695.

ad pēdem literae

Un gran hombre demuestra su grandeza por el modo en que trata a los que son o tienen menos que él

Thomas Carlyle

letras de buen humor

Casi siempre que un matrimonio se lleva bien, es porque uno de los esposos manda y el otro obedece.

Gregorio Marañón